

# El reino de Judá: Exilio y restauración

Por Mario Seiglie

**E**n *Las Buenas Noticias* hemos seguido la historia bíblica desde el Génesis hasta el cautiverio de los reinos de Israel y Judá, y hemos examinado algunos de los hallazgos arqueológicos que confirman e iluminan el texto de la Biblia. Ahora continuamos con las condiciones y circunstancias que permitieron que los descendientes del reino de Judá volvieran a su patria.

Aunque muchos de los que sobrevivieron a la invasión babilónica de Judá estuvieron exiliados en Babilonia por 70 años, Dios no los abandonó. De hecho, algunas de las profecías bíblicas más importantes fueron dadas en ese entonces, no sólo para infundirles esperanza a los cautivos en su sufrimiento, sino también para consolar al pueblo de Dios en todas las épocas.

## Las profecías de Daniel

Cuando el reino de Judá fue derrotado por los babilonios, Daniel fue uno de los jóvenes príncipes que fue capturado y llevado a la corte de Nabucodonosor, rey de Babilonia, para ser educado. Los detalles de las costumbres babilónicas y el sistema gubernamental descrito en el libro de Daniel encajan bien con los registros históricos y los descubrimientos posteriores de la arqueología.

Un diccionario bíblico comenta lo siguiente acerca del libro de Daniel: “El autor parece tener una mejor comprensión de la historia neobabilónica y de la Persia temprana que cualquier otro historiador desde el siglo 6 a.C. . . . Él conocía suficientemente las costumbres del siglo sexto para describir a Nabucodonosor como un gobernante capaz de decretar o cambiar con poder absoluto las leyes de Babilonia (Daniel 2:12-13, 46), mientras que mostró la impotencia de Darío el medo,

quien no pudo alterar las leyes de los medos y los persas (Daniel 6:8-9). También, con gran precisión describió el cambio del castigo de fuego bajo los babilonios (Daniel 3) al del foso de leones bajo los persas (Daniel 6), pues éstos consideraban el fuego como algo sagrado” (*The New Bible Dictionary* [“Nuevo diccionario bíblico”], 1982, p. 262).

Durante el tiempo en que Daniel sirvió en la corte del rey Nabucodonosor, recibió de Dios una serie de profecías. Estas asombrosas predicciones describen los últimos años del Antiguo Testamento, el período intertestamentario y la época del Nuevo Testamento hasta el establecimiento del Reino de Dios sobre la tierra.

Dios le reveló a Daniel que habría cuatro reinos que gobernarían gran parte del mundo desde ese tiempo hasta la segunda venida de Cristo y el establecimiento del Reino de Dios. A pesar de que estas profecías, que se encuentran en Daniel 2-12, están escritas en lenguaje simbólico, Dios revela la identidad de los cuatro reinos.

El primero sería Babilonia, el reino dominante en los tiempos de Daniel (Daniel 2:37-38). Después vendría el reino de los medos y los persas (Daniel 8:20), seguidos por el Imperio Griego (v. 21). Finalmente, surgiría el Imperio Romano, que derrotaría a los griegos y absorbería partes de los imperios anteriores (Daniel 2:40; 7:7, 23).

A pesar de que con el correr de los siglos este último imperio pasaría por períodos de decadencia, no desaparecería por completo. Antes bien, durante intervalos sucesivos reviviría en la forma de varios resurgimientos del “Sacro Imperio Romano”. Dios le reveló a Daniel que el último resurgimiento será guiado por un dictador mundial y un dirigente religioso que reinarán con el apoyo de 10 gober-

nantes. Ellos ejercerán su poder hasta la venida de Cristo y el establecimiento del Reino de Dios (Daniel 2:41-44; 8:23-26; Apocalipsis 17:12-13).

## La caída de Babilonia profetizada

Cuando Daniel recibió esta profecía, Babilonia estaba en la cumbre del poder. Nabucodonosor podía jactarse de sus grandes obras de construcción, que ampliaron y embellecieron la ciudad de Babilonia. Él preguntó en forma retórica: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?” (Daniel 4:30). La existencia de las imponentes obras de Nabucodonosor ha sido confirmada por la arqueología.

A principios de este siglo, unos excavadores desenterraron partes de esta inmensa ciudad. El historiador Werner Keller resume los hallazgos: “En el año 1899 la Sociedad Alemana de Oriente preparó una gran expedición bajo la dirección del arquitecto y profesor Robert Koldewey, a fin de explorar la célebre colina de ‘Babil’ a orillas del Éufrates . . . En 18 años salió a la luz la metrópoli más célebre del mundo antiguo: la sede real de Nabucodonosor. Al mismo tiempo se descubrió una de las siete maravillas del mundo, los ‘jardines colgantes’ tan alabados por los viajeros griegos de tiempos posteriores, así como la ‘E-temen-an-ki’, la legendaria torre de Babel. En el palacio de Nabucodonosor y en la puerta de Istar . . . se descubrieron innumerables inscripciones” (*The Bible as History* [“La Biblia como libro de historia”], 1980, p. 302).

Acerca del rey Nabucodonosor, el mismo autor comenta: “Quizá no hubo soberano alguno en la antigüedad que fuera un constructor tan asiduo. Casi no se hace mención de guerras, conquistas ni

dispuesto a guiarlo. Pronunció el nombre de Ciro, rey de Anshan, y lo declaró rey del mundo . . . y le ordenó que marchara contra su ciudad Babilonia . . . Sin una batalla, le hizo entrar en su ciudad Babilonia, salvándola y evitando la calamidad . . . Junté a todos sus habitantes y los devolví a sus lugares. Además, restablecí . . . todos los dioses . . . en sus antiguos templos” (J.B. Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts* [“Textos del antiguo Cercano Oriente”], 1969, p. 316).

### Regreso del exilio

La versión bíblica del decreto, que se encuentra en el capítulo 1 del libro de Esdras, revela el cumplimiento de la profecía: “En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliera la palabra del Eterno por boca de Jeremías, despertó el Eterno el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: El Eterno el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa al Eterno Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén. Y a todo el que haya quedado, en cualquier lugar donde more, ayúdenle los hombres de su lugar con plata, oro, bienes y ganados, además de ofrendas voluntarias para la casa de Dios, la cual está en Jerusalén” (Esdras 1:1-4).

El historiador judío Flavio Josefo, quien vivió en el primer siglo de nuestra era, narró la reacción de los judíos cuando Ciro entró en Babilonia: “Esta [profecía] fue conocida por Ciro al leer el libro que había dejado Isaías con sus profecías, pues este profeta dijo que Dios le había dicho esto en una visión secreta: ‘Mi voluntad es que Ciro, a quien he designado como rey sobre muchas naciones grandes, devuelva mi pueblo a su propia tierra y edifique mi templo’. Esto fue predicho por Isaías 140 años antes de que el templo fuera destruido. Por consiguiente, cuando Ciro lo leyó, admirado del poder divino, sintió un intenso deseo de cumplir lo que estaba escrito. Por eso reunió a los más

ilustres judíos que estaban en Babilonia y les dijo que les daba permiso para regresar a su propio país y que reconstruyeran la ciudad de Jerusalén y el templo de Dios . . .” (*Antigüedades de los judíos*, libro XI, cap. I, sec. 2).

Así, se siguió escribiendo en lo que sería la Biblia la historia de los descendientes del reino de Judá, los judíos. Sin embargo, sus hermanos de las otras tribus de Israel que fueron llevados en cautiverio por los asirios, para ese entonces habían perdido en gran parte su identidad en los confines del antiguo Imperio Asirio, tal como fue profetizado (2 Reyes 17).

### El período persa: Esdras, Nehemías y Ester

El período del Antiguo Testamento termina durante la era del Reino Persa. Varios libros bíblicos describen con precisión las costumbres persas. Mientras que los libros de Esdras y Nehemías narran el regreso de los judíos a la tierra de Judá, el libro de Ester cuenta la historia de una joven judía llamada Ester quien vino a ser la esposa del rey Jerjes I.

El relato de Nehemías comienza cuando está sirviendo al rey persa: “Sucedió en el mes de nisán, en el año veinte del rey Artajerjes, que estando ya el vino delante de él, tomé el vino y lo serví al rey . . .” (Nehemías 2:1). Aunque el título de copero no suena muy impresionante hoy día, en ese entonces era uno de los puestos gubernamentales más prestigiosos. El copero era “un oficial de alto rango en las antiguas cortes orientales, cuyo papel era servir el vino en la mesa del rey. Debido al constante temor de intrigas y conspiraciones, quien ocupara ese puesto debía ser digno de absoluta confianza . . . Su relación confidencial con el rey a menudo le traía gran cariño y le daba un puesto de gran influencia” (*The International Standard Bible Encyclopedia* [“Enciclopedia internacional general de la Biblia”], 1979, tomo I, p. 837).

Los arqueólogos han descubierto una lista de los sueldos pagados a los oficiales más importantes del Imperio Asirio. Este registro refleja la valuación general de puestos similares en la administración persa. Luego del comandante en jefe, el

primer ministro y el administrador del palacio, el siguiente puesto era el del copero, quien ganaba el cuarto sueldo más alto del reino.

Nehemías había acumulado tal cantidad de fondos que cuando llegó a Jerusalén como el nuevo gobernador, no fue necesario recolectar impuestos del pueblo. De hecho, parece que quiso encargarse personalmente de proveer para un gran número de sus compatriotas. Él dijo: “Además, ciento cincuenta judíos y oficiales, y los que venían de las naciones que había alrededor de nosotros, estaban a mi mesa. Y lo que se preparaba para cada día era un buey y seis ovejas escogidas; también eran preparadas para mí aves, y cada diez días vino en toda abundancia; y con todo esto nunca requerí el pan del gobernador, porque la servidumbre de este pueblo era grave” (Nehemías 5:17-18).

### La reina Ester salva a los judíos

A pesar de que miles de judíos lograron restablecerse en el territorio de su antiguo reino de Judá, muchos se quedaron dispersos en las principales ciudades del Imperio Persa. El libro de Ester nos permite vislumbrar la influencia que tenía la comunidad judía en ese imperio entre los años 500 y 450 a.C., y los problemas que a veces esta influencia les acarrea.

Uno de los oficiales persas, Amán, se quejó ante el rey acerca de los judíos: “Hay un pueblo esparcido y distribuido entre los pueblos en todas las provincias de tu reino, y sus leyes son diferentes de las de todo pueblo, y no guardan las leyes del rey, y al rey nada le beneficia el dejarlos vivir” (Ester 3:8). “Y le dijo: La plata que ofrezcas sea para ti, y asimismo el pueblo, para que hagas de él lo que bien te pareciere” (v. 11).

Tal como se narra en el libro que lleva su nombre, gracias al valor y la fe de la reina Ester, Dios intervino milagrosamente y libró a su pueblo. Es obvio que quien escribió el libro de Ester estaba familiarizado con los procedimientos y las costumbres de la corte persa a mediados del siglo quinto antes de Cristo.

Se han encontrado muchas pruebas arqueológicas de la influencia judía en el



Así se conquistó Babilonia” (*Historia*, libro 1, párrafos 191-192).

### Las hazañas de Ciro predichas

Tal como fue profetizado en la Biblia, estas cosas ocurrieron al cumplirse los 70 años del exilio judío. Ciro el persa, aliado de los medos y el que conquistó Babilonia, liberó a los descendientes del reino de Judá que habían sido llevados en cautiverio. Varios profetas bíblicos habían profetizado la caída de Babilonia. Isaías hasta mencionó a Ciro por su nombre muchos años antes de que éste surgiera para derrotar a los babilonios.

Unos 200 años antes del nacimiento de Ciro, Dios reveló por medio de Isaías: “Así dice el Eterno . . . de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado. Así dice el Eterno a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha, para sujetar naciones delante de él y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán . . . y te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo soy el Eterno, el Dios de Israel, *que te pongo nombre*” (Isaías 44:24, 28; 45:1-3).

Aunque Ciro vivió en una época en que los conquistadores trataban a sus cautivos en forma cruel y despiadada, él es conocido en la historia como un gobernante que ofreció bastantes libertades a los pueblos anteriormente conquistados por los babilonios.

Hace cerca de un siglo, entre las ruinas de Babilonia se halló un cilindro de arcilla inscrito con un decreto del rey Ciro; es llamado el cilindro de Ciro, y se puede ver en el Museo Británico. El lenguaje es parecido al decreto de Ciro que se encuentra en la Biblia. La diferencia principal es que Ciro usó la terminología babilónica para referirse a Dios. Declaró que estaba liberando a los pueblos porque un “Dios” en particular había pronunciado su nombre y lo había escogido en una forma milagrosa.

Escribiendo desde el punto de vista babilónico, Ciro dijo: “Marduk [el nombre babilónico para el dios principal] contempló y miró en todos los países para hallar un gobernante justo que estuviera

campañas. Lo más notable es la continua actividad constructora de Nabucodonosor. Cientos de miles de ladrillos llevan su nombre, y los planos de muchos de los edificios han sido conservados. Babilonia superó a todas las ciudades del antiguo Oriente: era más grande que Tebas, Menfis y Ur, y más grande aún que Nínive” (*ibidem*, p. 316).

Parecía imposible que esta gran ciudad fuera súbitamente conquistada. No obstante, Daniel predijo su caída la misma noche en que sucumbió Babilonia ante los persas. Al interpretar la escritura en la pared, le dijo al rey: “Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas . . . La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino . . .” (Daniel 5:28-31).

Unos cien años después, el historiador Herodoto (484-420 a.C.) confirmó el relato de Daniel sobre la caída de Babilonia: “Por medio de un canal, los persas desviaron el río [Éufrates] a la laguna, que hasta ahora era un pantano, y así, al bajar el río, [Ciro] hizo vadeable el antiguo cauce. Cuando esto se logró, los persas apostados para ello penetraron en Babilonia por el cauce del Éufrates, el cual había bajado más o menos a la altura de la mitad del muslo . . . Así entraron los persas en la ciudad . . . y debido al gran tamaño de la ciudad y al hecho de que estaban celebrando un festival, los que vivían en el centro de Babilonia no se dieron cuenta de la presencia de los enemigos. Continuaron bailando e intercambiando regalos hasta que de repente se les informó su triste destino.

---

Imperio Persa. El asiriólogo Georges Conteau escribe: “Se han encontrado cientos de tablillas de arcilla que datan del principio del período persa y tienen que ver con Murashu e Hijos, una próspera empresa judía. Cuando Nabucodonosor conquistó Jerusalén en 587 a.C., deportó algunas de las familias más notables a Babilonia, entre ellas la familia Murashu.

“La familia de exiliados prosperó en la ciudad de Nipur y alcanzó su mayor influencia y riqueza bajo los reinados persas de Artajerjes I (464-424 a.C.) y de Da-

río II (423-405 a.C.). Muchos documentos de la firma están escritos en cuneiforme y arameo para que puedan ser entendidos más fácilmente por más personas. La mayoría tiene que ver con contratos, pagos o alquileres” (*La vida cotidiana en Babilonia y Asiria*, 1958, p. 95).

Las costumbres y la historia persa contenidas en el libro de Ester se han confirmado como verídicas. Comentando acerca de Ester, un diccionario bíblico explica: “El autor emplea la fórmula acostumbrada para empezar un relato histórico . . . [y] sus referencias sobre las costumbres persas muestran bastante conocimiento acertado . . . Se han encontrado pruebas de que

al final del reinado de Darío I o al principio del reinado de Jerjes hubo en Susa un oficial persa llamado *Marduka* (Mardoqueo)” (*The Interpreter’s Dictionary of the Bible* [“Diccionario bíblico para el intérprete”], 1962, vol. 2, p. 151).

En el libro de Ester, vemos que Mardoqueo era tío de Ester y un alto funcionario gubernamental que finalmente fue nombrado como primer ministro del rey.

Continuaremos con la historia de una era fascinante: el período entre los dos testamentos, cuando los sucesos descritos en los libros del Antiguo Testamento habían pasado, pero los de los cuatro evangelios no habían comenzado aún. **BN**

---